Perímetro de floración

Katixa Agirre
Fabula
Errekaleor

Borradores del futuro
Colección Álava #0

Borradores del futuro

BORRADORES DEL FUTURO

Productora
Azala Espacio de Creación

Ideación y creación del proyecto
Arantxa Mendiharat, Ixiar Rozas, Idoia Zabaleta

Coordinación
Arantxa Mendiharat

COLECCIÓN ÁLAVA #0

Autora
Katixa Agirre

Alternativa
Errekaleor

Diseño de la colección
Ibon Sáenz de Olazagoitia

Ilustraciones
Josune Urrutia

Traducción
Aixa de la Cruz

Correcciones
Izaskun Gracia

Comunicación
Teklak. Komunikazio eta Audientzien Estudioa

Web
La Debacle

Distribución en Álava
NOIZ

Imprime
Dosbi

Primera edición
Marzo 2019. Lasierra (Araba)

Entidades colaboradoras
Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco
Departamento de Euskera, Deporte y Cultura de la Diputación Foral de Álava
KulturAraba

ISBN: 978-84-09-08427-2
Depósito Legal: VI-86-2019

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0)

Perímetro de floración

Historias y fabulaciones
sobre mundos posibles

borradoresdelfuturo.net

RK
AUZOA
ONGI
ETORRI

Perímetro de floración

Recorrieron lentamente la galería que atravesaba el hotel. La discreción era crucial en aquel sitio, solo voces y ruidos suaves. Sabían bien, no obstante, que las cámaras y los sensores podían estar en cualquier sitio. Eligieron un paso casual, corto y ligero, como si no tuvieran los nervios de punta. Parecía que en aquella galería no iban a coincidir con nadie, pero al cruzar la última puerta, azotados por un golpe de viento invernal, una sombra se les aproximó por la espalda. Kai, instintivamente, soltó la mano de Uxue.

—¡Salud y energía, compañeros! –les dijo la sombra, utilizando el saludo típico de Errekaleor.

—¡Salud y energía! –contestaron ellos, fingiendo un entusiasmo parecido.

Se trataba de un miembro de la Patrulla Vecinal que, a la vista estaba, desarrollaba su labor de una manera discreta y eficiente.

—¿Venís de visita?

—Sí –contestaron Kai y Uxue al unísono, y extendieron sus muñecas. El miembro de la patrulla les pasó el lector de BioChips y el aparato respondió con una luz verde que todo estaba en orden, que podían atravesar aquella verja invisible pero sólida. Por si acaso, Uxue había apagado aquella otra alerta del BioChip que indicaba su periodo de ovulación con un corazoncito morado.

—Vuestro permiso finaliza a las 8 de la mañana –les recordó el miembro de la patrulla.

—Lo sabemos, muchas gracias.

Así que estaban dentro, con todas las de la ley. Dentro. Hacía cuatro años que no pisaban el barrio y las cosas habían cambiado por completo. A pesar de que era de noche (una tarde de diciembre), las farolas de biomasa alumbraban bien el espacio: los nuevos módulos familiares, el Laboratorio de Energía Libre, las fachadas reformadas, la piscina... Ante los ojos maravillados de la pareja se presentaba un entorno completamente nuevo. Siguiendo las indicaciones del BioChip, se aproximaron a los módulos familiares y tocaron el timbre con prudencia.

Haizea y Txori, como gemelos siameses, abrieron la puerta y les dedicaron a sus viejos amigos sonrisas idénticas. Después se hizo un silencio incómodo. Tuvieron que dar paso a las formalidades habituales («pásame el abrigo», «qué calor hace aquí dentro», «ya, desde que les hemos aplicado domótica, las estufas *rocket* van como un tiro», «y consumen poquísimo», etcétera), pero pronto se encontraron en el salón, degustando un vino de la variedad de uva que habían creado en el Laboratorio de Alimentos.

Entonces, Haizea rompió el hielo, el verdadero hielo:

—Nos alegró mucho vuestro mensaje. También nos sorprendió, pero sobre todo nos alegramos. Ya era hora, ¿no?

—Sí, sí... –contestó Uxue mientras Kai bebía un traguito.

—Ya sabéis que ahora el Proceso de Bienvenida es muy exigente –prosiguió la mujer, ignorando la incomodidad de los visitantes– y los que os rendisteis en la Gran Escisión lo tendréis aún peor, pero con una recomendación nuestra todo será más fácil.

Uxue y Kai tuvieron que darles un buen trago a sus respectivas copas. Lo de aquella mujer era increíble. ¿Por qué había utilizado el verbo «rendirse» cuando no llevaban ni cinco minutos en la casa? ¿No era aquella una velada de reconciliación? ¡Pues menuda manera de empezar a reconciliarse!

—Venga, Haizea –la interrumpió Txori, que siempre había tenido mejores dotes de diplomacia– , ya tendremos tiempo de hablar de eso. No hay ninguna prisa. ¿Qué os parece el nuevo vino? También tenemos sin alcohol, ¿eh? Solo lo toman las embarazadas, pero dicen que no está nada mal.

Los invitados agradecieron el nuevo tema de conversación. Lo cierto era que no tenían la más mínima intención de regresar a Errekaleor. Pensaban que los motivos por los que se fueron seguían vigentes, si no habían empeorado, pero no querían empezar la noche con discusiones. Mejor hablar del vino. Y luego, ya se vería.

De pronto, lo que parecía ser la pared del salón pero en realidad era una puerta corrediza se abrió y apareció un niño de unos ocho años, con el pelo largo y la nariz roja:

—Tengo hambre –dijo mientras se intentaba sacar del pelo un lápiz que se le había enredado. Tras conseguirlo, abrió del todo la puerta para dejar pasar al resto de sus compañeros.

El salón se llenó de niños en un instante. Los había pequeños, medianos y mayores, con el pelo rizado, corto, en coleta, disfrazados de pirata, con las manos sucias de rotulador, con calcetines a rayas... Uxue y Kai se quedaron boquiabiertos mientras el grupo colonizaba el salón.

—¡Yo también tengo hambre! –dijo Haizea–. ¿Vamos a cenar?

—Pero... estos... –comenzó Uxue, señalando a los niños pero sin atreverse a formular la pregunta.

—Darío, Suhar, Lur, Amagoia, Kamil, Odette, Gilen... –pasó lista Txori.

—¿Son vuestros?

—No hablamos en esos términos, ya lo sabéis. Aquí no consideramos que los niños sean propiedad de los adultos. Pero no, no son todos nuestros, las nuestras son Lur y Amagoia. Llegasteis a conocerlas, pero mirad cómo han crecido desde entonces. Es que hoy nos toca noche de cuidados. Los padres de Suhar, Kamil y Gilen tienen turno de patrulla y a la madre de Odette le toca noche de soledad. Darío, por su parte, ha venido porque quiere estar con sus amigos. Y todos nos cuidamos entre nosotros.

—¡Pues hola a todos, chicos! ¡Hola, hola! –exclamó Uxue con ese tono bobo que utilizan los adultos que no están acostumbrados a tratar con niños.

Con la ayuda de los pequeños, enseguida estuvo lista la mesa. Txori comenzó a traer los víveres de la cocina mientras el resto se sentaba tranquilamente.

Cuscús con mango y dátiles, confit de pato, tataki de atún... Y todo ello, como explicó Txori con orgullo, hecho con carne sin origen animal, esto es, sintética. Era uno de los mayores logros del ElikaLab del barrio, el éxito mayúsculo que, además de asegurarles la soberanía alimentaria, frenó una Segunda Escisión por parte de los veganos. Nada más probar el primer plato, Haizea y Kai tuvieron que felicitar sinceramente al chef.

—A mí no me miréis –dijo Txori, mostrándoles las palmas de las manos–, todo lo hace la impresora 3D y, además, en cinco minutos.

Pero es que en el mundo de Haizea y Kai, fuera del Perímetro de floración, las impresoras de alimentos 3D solo se utilizaban en los restaurantes pijos, la carne sintética seguía siendo más cara (mucho más cara) que la de verdad porque solo se vendía en aquellas tiendas *gourmet* que nunca pisaban, y no tenían domótica en casa. Además y, sobre todo, no había niños, ni en casa ni en todo su edificio de Salburua. Incluso en el barrio era difícil toparse con ellos. Era comprensible, por tanto, el complejo de inferioridad que ambos sentían, aunque siempre es fácil saltar del complejo al odio. De hecho, ¿era aquello espontáneo? ¿De verdad eran así todas las noches de Haizea y Txori? ¿O querían convertir a los invitados en espectadores de una demostración exagerada? ¿Era realmente casual que todos aquellos niños estuvieran allí? ¿Y no acababa de decir Txori que no los consideraba una «propiedad»? ¡Pues para no hacerlo, los estaba exhibiendo como los pequeños y sucios tesoros de un museo!

En todo caso, tenían que recordar cuál era su verdadero propósito. Si tenían que aplaudir como monos ante el éxito de Errekaleor, aplaudirían, que no cupiera duda.

—¡Yo quiero macarrones! –dijo uno de los niños, cuyo nombre ya no eran capaces de recordar.

—¡Yo también! –dijo otro de ellos.

—¡Y yo! –se sumó un tercero.

Los anfitriones carraspearon y Txori fue a la cocina. Al cabo de cinco minutos regresó con una fuente de *macaroni carbonara* que dejó a los niños mudos.

—¡Salud y energía! –dijeron los anfitriones, y todos se pusieron a comer.

Uxue y Kai llevaban tres años queriendo traer un hijo al mundo. Sabían que sería difícil, pero muy en el fondo albergaban esperanzas: seguro que los años pasados en Errekaleor habían afectado positivamente a su capacidad reproductiva. Pero, al cabo de tres años, sus esperanzas se habían desinflado totalmente. Al parecer, ellos también eran víctimas de la infertilidad y no había nada que pudieran hacer al respecto.

Al principio, cuando la tasa de nacimientos cayó un 90%, todo Occidente fue presa del pánico, pero Uxue y Kai eran demasiado jóvenes y el tema no les afectó en exceso. Al contrario, en su inocencia creyeron que aquella plaga que se estaba extendiendo por Europa solucionaría los males que asediaban al continente y se la tomaron como un milagro. Después de todo, Europa no tendría ya más remedio que abrirse a las migraciones y el mundo solo podía esperar una cosa: el final de las fronteras, una humanidad verdaderamente mestiza, una

nueva civilización global... ¡Menudos inocentes! La tendencia fue la opuesta. La Europa envejecida, asediada por la paranoia, cerró sus muros cada vez más y, aunque hacía ya tiempo que el ejército de la Unión Europea se había desplegado por el Magreb, también empezaron a llenar el Mediterráneo de minas para que las bombas se encargaran de lo que el mar no hacía. En lugar de apostar por la salida sensata, el miedo, los prejuicios, la superstición y la violencia se adueñaron del viejo continente. Sí, los jóvenes idealistas tuvieron que aprender a malas que en las épocas más difíciles pocas veces se actúa con sentido y lógica.

Aquella fue una época gloriosa para los líderes de diversas sectas, para los vendedores de planes de pensiones y para los cuentistas que vendían pócimas mágicas. Se cerraron escuelas, los pediatras tuvieron que reciclarse, aparecieron clínicas de reproducción asistida en cada barrio y, siempre que se veía a un niño en una calle o una tienda, todo el mundo contenía la respiración. Y en seguida comenzaron las pesquisas. Las autoridades no les dieron demasiada importancia a los datos, pero cualquiera podía ver que el barrio que más niños aportaba en toda Álava e incluso en todo Euskal Herria era Errekaleor. Y la tendencia no hizo sino aumentar: las tasas de nacimientos siguieron bajando salvo en aquel lugar, en el barrio autogestionado, en el barrio conflictivo, en el barrio obrero reimaginado en el que los niños nacían por doquier, como si fuera cosa de brujas. De pronto, el EUSTAT dejó de difundir los datos desglosados y ya no se pudo contrastar lo que todo el mundo sospechaba: que la plaga de infertilidad no tenía ningún efecto en Errekaleor. Y empezaron los líos.

Justo estaban recordando aquellos tiempos:

—¿Os acordáis de aquella tarde que tocaba no sé quién en el Gaztetxe y encontramos a una pareja de desconocidos follando tras la barra? –dijo Uxue con una sonrisa.

—Sí, no entendíamos nada, pensamos que serían dos borrachos –recordó Kai.

—Pero el tema no se quedó ahí. Siguieron apareciendo. ¡Yo los encontré más de una vez en la huerta, entre los tomates! –apuntó Haizea.

Según aquel rumor sin confirmación oficial, solo en Errekaleor era posible engendrar niños, y el rumor debía de tener algo de verdad, puesto que encontraban parejas nuevas cada día, cada semana, cada mes. Al principio, les hacía gracia y todo. Hacían bromas. Alguien propuso grabar a todas aquellas parejas y abrir una web porno para hacer dinero, y no lo dijo en broma. Al final tuvieron que fundar la Patrulla Vecinal, ya que la gente estaba tomando el barrio con tiendas de campaña y autocaravanas, entrando sin permiso en las viviendas que siempre se dejaban abiertas, estropeando el huerto, interrumpiendo los juegos de los niños y, en definitiva, obstaculizando la vida cotidiana con su afán copulativo.

—Y entonces comenzó la época de los falsos camaradas –dijo Txori con amargura.

Aquello fue más grave. Cuando colarse para un polvo rápido empezó a ser misión imposible, comenzaron a llegar al barrio parejas «fascinadas» con el proyecto de Errekaleor. Al parecer, querían ser parte de aquella revolución. Su

RK
AUZOA
SARRERA

objetivo, decían, era la vida libre y comunitaria. ¡Salud y energía!, gritaban más alto que nadie. Pero las intenciones de aquellos falsos camaradas en seguida salían a la luz: solo llegaban a Errekaleor para reproducirse y, una vez conseguido su objetivo, se marchaban a construir el nido de sus crías en otro lugar.

Se sintieron utilizados. Fueron tiempos difíciles porque el último ataque del Ayuntamiento también sucedió entonces. Oficialmente, las autoridades seguían sin aceptar la excepción reproductiva de Errekaleor, pero se supo que les colaban todo tipo de científicos en el barrio a tomar muestras de agua, a medir la acidez del suelo, en busca de alguna particularidad del aire... No descubrieron nada, pero cada vez estaba más aceptado, tanto en la calle como en los despachos, que algo tenía aquel lugar, que no eran supersticiones ni simples fantasías. Y el objetivo del Ayuntamiento era claro: derribar Errekaleor de una vez –según ellos, hacía tiempo que debía haber sido derribado– y construir un gran barrio en esos terrenos, cuanto más poblado, mejor (por lo que se tendrían que construir torres altas), al que enviar a toda la población en edad reproductiva de Vitoria. Lo llamaron el Sector R-K e invirtieron un dineral en publicitar aquel nuevo proyecto. Aunque no lo dijeran de manera explícita, estaba muy claro que aquel movimiento urbanístico pretendía darle un empujón a la población de Vitoria, que aquel era el reclamo, pues en las infografías que utilizaban para publicidad siempre aparecían niños bajando por toboganes junto a torres altas con elegantes fachadas de cristal.

—Nos libramos por los pelos, ¿verdad? –dijo Kai, a pesar de no estar muy seguro del uso de la primera persona–. La opinión pública podía haber caído de uno o de otro lado.

—Sí, pero al final lo hizo del nuestro –Txori utilizó la primera persona con orgullo.

—Entonces vimos la importancia de tomarse en serio la comunicación. Aquel vídeo fue fundamental.

Uxue también tenía motivos para estar orgullosa, en la medida que fue una de las artífices de aquel vídeo que se hizo viral.

—«Tirad Errekaleor...» –continuó recordando Kai.

—«¡Acabad con Vitoria!» –Uxue terminó el eslogan–. Y todo con aquella música tan potente, y las imágenes de geriátricos, y los parques vacíos... Emocional y directo, simple pero efectivo, ¡eso es!

Después de todo, ¿quién podía asegurar que, una vez tirado el barrio original de Errekaleor y construido el nuevo, este fuera a mantener su misterioso poder reproductivo? Nadie podía hacerlo, y sembrar la duda fue suficiente para acabar con el plan del alcalde. Las voces más moderadas comenzaron a pedir su aplazamiento, pero pronto se impusieron otras, las que tachaban de locura ir en contra de Errekaleor, de acabar con la gallina de los huevos de oro. Se organizaron manifestaciones. La ciudad se rebeló. Tanto que, diez días después de haber publicado el vídeo, una moción de censura acabó para siempre con la carrera política de aquel alcalde. Y con el nuevo todo cambió. Tiempos gloriosos. Tiempos oscuros. Según cómo se mire.

—¿Queréis postre? –Txori detuvo entonces aquel flujo de recuerdos.

—¡Tarta de chocolate! –dijo uno de los niños más pequeños.

—¡Yo también! –dijo otro.

—¡Y yo! –se apuntó un tercero.

—Ya veis que aquí mandan los niños y los adultos obedecemos. Al menos, en lo que se refiere al postre. Ahora vuelvo.

Txori fue a poner en marcha la impresora 3D. Uxue miró el reloj por primera vez. Inmersa en la nostalgia de las viejas anécdotas, había perdido la noción del tiempo, pero ya era hora de seguir con el plan. ¿Qué plan? A medida que avanzaba la noche, cada vez le resultaba más absurdo e imposible, aunque la urgencia de la alerta silenciada del BioChip seguía presionando.

La segunda botella de vino circuló por el sector adulto de la mesa. Kai pegó un trago generoso. Si querían que el plan avanzara, convenía que a partir de entonces parecieran un poco achispados.

—Fue entonces cuando comenzó todo a torcerse, ¿no creéis? Cuando el ayuntamiento se puso de nuestro lado. Algunos en seguida se acostumbraron a esta nueva comodidad, pero yo... siempre tuve la sensación de que nos habíamos vendido. Y mirad cómo estáis ahora. En palmitas. ¿Cómo se dice? Morir de éxito, eso, ¡eso nos pasó! –exclamó Kai, y Uxue se dio cuenta de que había vaciado su copa con aquel último trago.

La idea era parecer borrachos, no estarlo de verdad, le dijo Uxue a Kai telepáticamente y, por si acaso, subrayó sus palabras con un pisotón. Pero era demasiado tarde. Ya estaban sobre la mesa la discordia, el tabú y el enfado.

—¿Nos ves muertos o qué? –Txori, que acababa de regresar de la cocina, podía haber fingido no escuchar, pero decidió decantarse por el ataque–. Yo diría que estamos muy vivos y que, además, tenemos el futuro asegurado. Muchos no pueden decir lo mismo.

Kai y Uxue se quedaron callados porque, técnicamente, lo que había dicho era cierto. La tarta estaba verdaderamente buena.

—¡Otro trozo de tarta! ¡Otro trozo de tarta! –dijo entonces uno de los niños.

—No, Gilen, que luego te duele la tripa –suavizó su tono Txori.

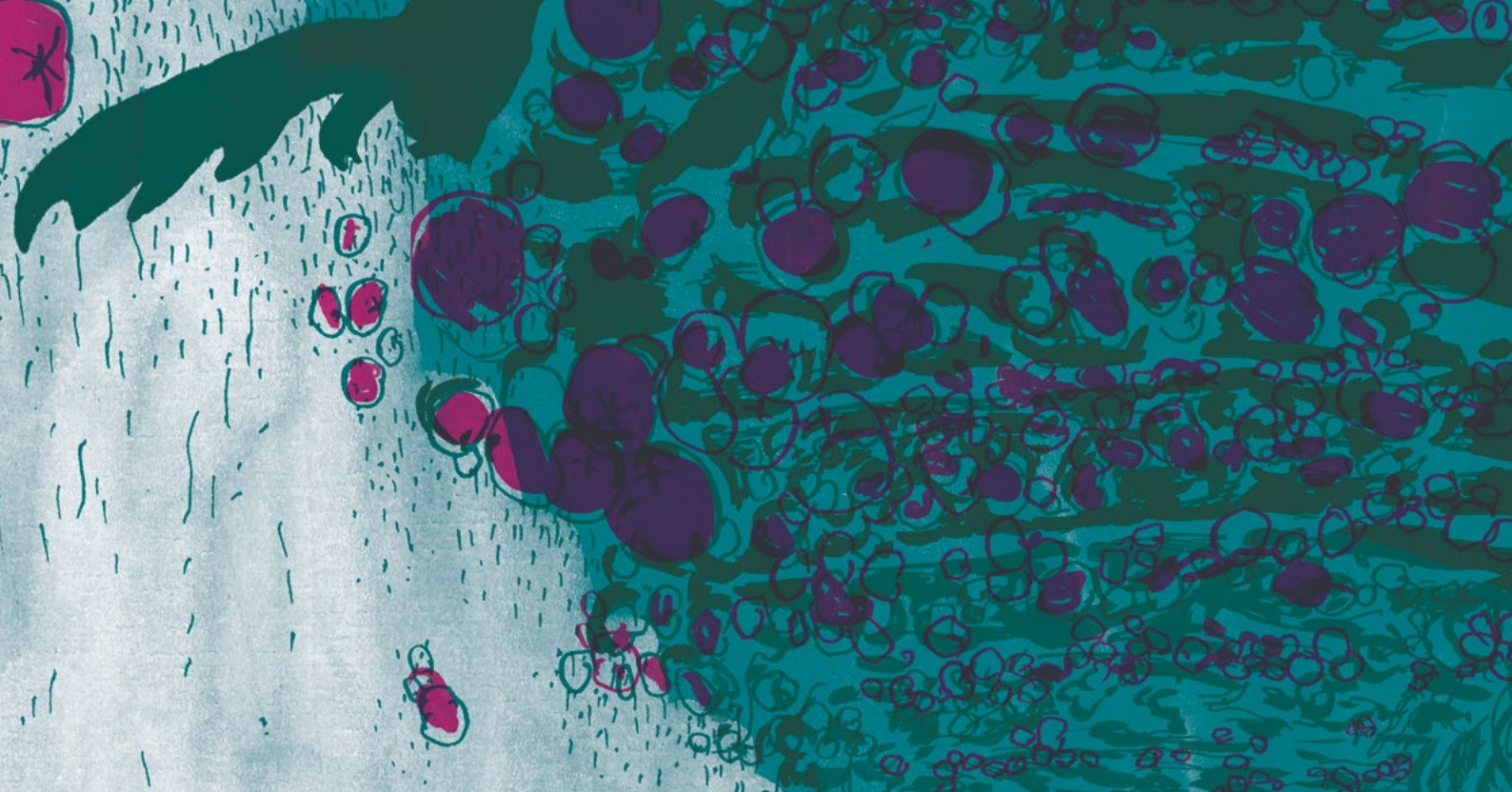
—Venga, reduce la cantidad de azúcar y saca otra ronda –le dijo Haizea al oído–. Y el café también, por favor, que nos vendrá bien para despejar la cabeza.

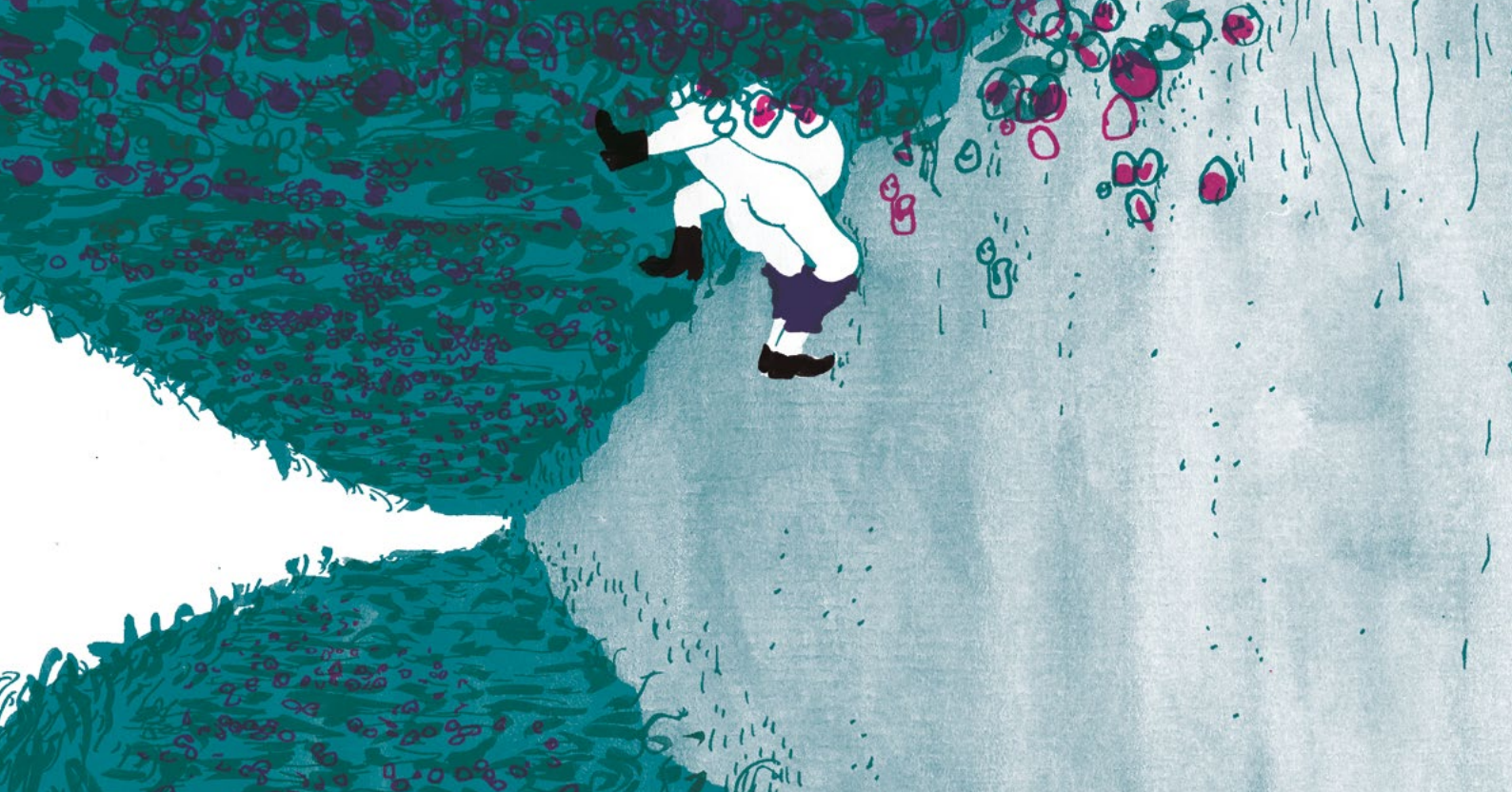
Cuando Txori se perdió en la cocina, Haizea aprovechó para volver a hablar:

——Todavía está dolido, qué queréis que os diga, pero se le pasará, es cuestión de tiempo y, bueno, si no sacarais viejas rencillas...

—Claro, claro –dijo Uxue, pegándole otro pisotón preventivo a Kai–. Contadnos qué tal va entonces vuestro canal de FreeTube. ¿Es cierto que acabáis de llegar al millón de suscriptores?

¿Viejas rencillas?, se quedó pensando Kai mientras las chicas se sumergían en una conversación que no le importaba un pimiento. ¿Viejas? Estaba siendo testigo del increíble éxito de Errekaleor y también de sus debilidades, desde la humillación de la Patrulla Vecinal hasta la fanfarronería de la tecnología alimentaria. Por no mencionar aquel sinsentido que pomposamente llamaban el





«Perímetro de Floración». Perímetro de Floración: los revolucionarios puros siempre son bastante cursis. En realidad, con el nombre de «Picadero» habría bastado, pues el Perímetro de Floración no era más que eso: un gigantesco hotel para follar por horas, construido en los márgenes de Errekaleor con forma de anillo, rodeando todo el barrio, y el único motivo por el que Errekaleor experimentaba aquella bonanza.

Kai se retrotrajo a las asambleas de otros tiempos, a aquellas reuniones previas a la Gran Escisión que fueron realmente duras. Para algunos, estaban traficando con lo más puro de esta vida y eso era imperdonable. Para otros, era la manera de llevar aquel proyecto revolucionario hasta sus últimas consecuencias, ya que con los beneficios se podrían cumplir todos los objetivos del barrio. ¿Y acaso no le harían una contribución de primera a la humanidad? ¡Nacerían un montón de niños gracias a aquel gigantesco hotel! Además, el proyecto le daba estabilidad a la iniciativa, ya que aceptar la construcción del Perímetro de Floración fue indispensable para llegar a un acuerdo con el nuevo consistorio: lo cierto es que había sido idea del ayuntamiento, ellos lo financiaron en gran medida.

Errekaleor se quedaba tranquilo dentro de su perímetro, impulsando el proyecto revolucionario con recursos casi infinitos, a su alrededor se engendraban niños sin parar y Gasteiz se aseguraba su porvenir. Una situación *win-win*.

Kai se tuvo que servir otra copa al recordar que en aquellas asambleas resultaron ganadores quienes apostaban por el Perímetro de Floración. Y los demás cedieron. Al menos, por un tiempo. Soportaron las obras, vieron cómo desaparecían los follarines del huerto, presenciaron, a medida que el hotel se llenaba, la entrada de dinero a espuertas y fueron testigo de los beneficios, que fueron muchos, qué duda cabe: en el ámbito de la alimentación, en el de las comunicaciones (estudios de radio y televisión con tecnología punta, servidores cuánticos gigantes...), por no mencionar los avances en el ámbito de las energías renovables. Kai y Uxue lo vivieron todo, pero su incomodidad era cada vez mayor. El Perímetro de Floración los protegía del exterior, los aislaba, los dejaba cada vez más lejos de Vitoria y del mundo. No era el mundo el que se quedaba a un lado, no, el mundo seguía adelante, con miles de desafíos a los que enfrentarse –demografía, medioambiente, privacidad...– y Errekaleor se hacía a un lado, cada vez más lejos en su burbuja de lujo revolucionario.

—¡Al final tendrá un impacto global! ¡Pronto podremos presentar el prototipo del primer coche hídrico! ¡Y se lo regalaremos al mundo! –había dicho por aquel entonces Lorea, la encargada del laboratorio, llena de ilusión.

Pero aquellas mejoras de dentro afuera no sucedían, o iban demasiado lentas. La ley que permitiría las patentes *copyleft* se encontraba con miles de trabas porque estaba en manos del viejo *lobby* energético, parecía imposible que el modelo que había llevado a Errekaleor a la soberanía alimenticia se exportara a poblaciones más grandes, etc. Dentro, cada vez más cómodos y, fuera, cada vez más inseguros. La creación del Ejército de la Unión Europea fue un mal augurio. Todos los estados miembros tuvieron que aumentar sus presupuestos

de defensa, y luego vino la catástrofe de Bangladesh. La Gran Inundación causó veinte millones de muertos. A medida que el cambio climático impulsaba grandes movimientos de población, el Ejército de la Unión Europea dio sus primeros pasos con la excusa de «salvaguardar fronteras».

Mientras tanto, en el Perímetro de Floración, la vida estaba en venta. Fue entonces cuando dijeron basta. Uxue, Kai y muchos otros. Había que salir al mundo. Era hora de devolverle todo lo aprendido durante aquellos años en Errekaleor (que no era poco; no eran desagradecidos, eso no).

—Kai, ¿estás bien? Pareces mareado. ¿Por qué no pruebas el café? –dijo entonces Uxue.

Kai volvió al presente de sopetón. Por el tono empleado (Uxue siempre había sido una mala actriz), notó que intentaba reinsertarlo en el juego. De pronto se sintió muy cansado. Y todavía les quedaba una larga noche por delante. Se sintió viejo.

—Sí, reconozco que me he pasado con el vino. ¿Habéis oído la última moda entre los jóvenes? Clubs de abstemios, *Dry life* y *mindful drinking*, ¡que ya no beben alcohol! Nos vamos a la mierda, ¿no os parece?

—Kai, estás hablando como un viejo. Yo creo que son muy listos. De verdad, me dan envidia. Después de todo, ¿cuándo ha traído el alcohol nada bueno? –le dijo Haizea.

—Sacaré los chupitos –agregó Txori.

—¿Cuántos años tienes, Kai? ¿Treinta y nueve? –le preguntó entonces Haizea, recuperando el tema de la vejez.

—Cumplirá cuarenta el mes que viene –contestó Uxue.

—¡Buah! Dos años más viejo que nosotros, entonces. ¿Y tú, Uxue?

—Yo acabo de cumplir treinta y siete.

—Hace tres meses –agregó Kai.

—Pues eso, hace poco.

—Todavía estáis a tiempo, entonces, en caso de que volváis con nosotros... ya me entendéis... ¿No lo habéis pensado nunca?

Al parecer, Haizea seguía empeñada en lo del regreso y, sin querer, metía el dedo en la llaga.

Txori volvió de la cocina con el aguardiente, y aquel les pareció un buen momento para acostar a los niños. Supervisar cómo se lavaban los dientes siete u ocho mocosos no parecía fácil, pero con el nanodron LimpiaDen fue coser y cantar.

—¿Y dónde van a dormir todos? –preguntó Uxue, y no por mera curiosidad.

—Los acostaremos en ese lado del salón, cerraremos la puerta corrediza y no nos oirán –explicó Haizea.

Uxue estaba recalculando sus posibilidades. La casa era bastante grande, pero no tenía muchas habitaciones, la mayoría eran espacios comunes. Aunque consiguieran quedarse a dormir ahí, ¿lograrían un mínimo de intimidad? De pronto, se sintió descorazonada. Y exhausta. Con lo a gusto que estaría en su

cama, durmiendo. En aquel instante, el más animado de los dos era Kai, que estaba probando el aguardiente hecho a base de patata.

—¡No bebas tanto, hombre! Si no, se te bloqueará la bicicleta eléctrica y no podremos volver a casa –le dijo Uxue, siguiendo el guion pero poniendo en duda que la bicicleta se fuera a poner operativa si detectaba el verdadero nivel de alcohol de Kai.

—¿Cómo? ¿De verdad habéis venido en bicicleta? ¿Con este tiempo? ¿Acaso no os habéis enterado? Ha empezado a nevar –dijo Haizea cuando regresó a la mesa, tras cerrar la puerta corrediza de los niños.

Y era verdad: nevaba copiosamente. No habían contado con ello, pero les hacía un favor enorme.

—No, no, no, ¡ni pensarlo! Os quedáis aquí a dormir, ¿de acuerdo? En el mismo comedor, en ese sofá tan a gusto, ¿qué os parece?

—Bueno, tenemos permiso hasta las ocho, así que... –dijo Uxue, intentando ocultar su ansiedad.

—Y si hay que alargar el permiso, se alarga, qué narices, hablaremos con la Patrulla Vecinal de la mañana y listo.

¿De verdad? ¿Iba a ser así de fácil? Uxue volvió a llenarse de optimismo. Igual lo conseguían. Igual el plan no era tan malo. Igual pronto estaría embarazada. Igual pronto tendría un bebé pegado a la teta. Igual... De nuevo, tuvo que pisarle el pie a Kai. No sigas bebiendo. Suficiente. Habían conseguido la coartada para quedarse a dormir. En adelante, agua. ¿O acaso había olvidado por qué estaban allí?

—Voy un segundo al baño –dijo entonces Uxue.

Desde allí, llamó telepáticamente a Kai, pero como este no pareció recibir el mensaje, tuvo que llamarle a voces.

—¡Kai! ¡Por favor! Ayúdame con esta cremallera.

Kai apareció enseguida, haciendo eses a través del pasillo.

—¿Qué cremallera ni qué hostias? –le dijo con la lengua medio trabada.

—Calla y escucha. Ya está bien de chupitos, ¿me oyes? No olvides a qué hemos venido.

—Huy, ¿preocupada de que no se me levante, o qué?

—Por favor, Kai, esas ordinarieces no me gustan nada.

—Ya, pero a mi semillita no le vas a hacer ascos, ¿eh? No pongas esa cara, chica. A veces, pienso que solo me necesitas para eso. Has estado muy pesada estas últimas semanas, me tienes muy cansado con tu barrila.

—Pero ¿a qué viene eso ahora? -Uxue se esforzaba en susurrar, pero le estaba costando mucho no encenderse.

Llevaban meses planeando aquella noche, buscando aquel encuentro con los viejos amigos, al principio con mensajes fríos, luego con llamadas, cada vez más amigables, hasta que recibieron la invitación, y todo podía irse a la mierda no por alguno de los miles de obstáculos previsibles, qué va, sino por la estupidez de Kai, solo por eso.

—No estoy seguro, Uxue –dijo Kai sin ambages.

—¿Cómo? -La mujer se quedó boquiabierta.

—¿De verdad queremos hacer esto?

—¿Hacer qué? ¿Follar?

—¡Un niño, joder! ¡Un niño!

No se lo podía creer. Después de tantas vueltas, después de tantos quebraderos de cabeza, cuando ya podían acariciar su objetivo con las puntas de los dedos, entonces, justo entonces, Kai llegaba con sus malditas dudas. Aunque, por otro lado, era típico de él, siempre había sido un cobarde. Sí, ¿por qué no hablar claro? Si se paraba a pensarlo, caía en la cuenta de que también cuando dejaron Errekaleor lo hicieron por su iniciativa, porque el tamaño del proyecto lo desbordaba, nada más que por eso. Prefería una revolucioncilla de andar por casa, la revolución de las pequeñas cosas, como la apodó en un bonito oxímoron, y la embarcó en aquel viaje con él. Así que abandonaron Errekaleor, y ella tuvo que dejar el grupo de comunicación y conseguir un trabajo de mierda en una televisión local. Verás, le decía Kai, nosotros también haremos nuestro camino, pero en el mundo real, no en esta burbuja. Poco a poco, empaparemos las conciencias de todo el mundo como empapa el rocío mañanero, sin aviso... Ese tipo de cosas le decía, sí, porque lo cierto es que también los revolucionarios cobardes suelen ser cursis. E hicieron camino, sí, con esfuerzo, conociendo a los vecinos, haciéndose con ellos en conversaciones de ascensor cortas y elípticas, y de ahí a un año... ¡la victoria! Acordaron un plan para obtener energía mediante molinos y paneles solares y, al cabo de otro año... estaban en marcha los cachivaches. En lo que se refiere a la energía, eran autónomos en todo el bloque. ¡Eureka! Kai y Uxue estaban orgullosos de lo logrado, cómo no estarlo, después de tanto trabajo. Y se podían meter de cabeza en el siguiente proyecto, en una red de ayuda. Ese era su objetivo, que los vecinos se ofrecieran los unos a los otros dos, tres, cuatro horas a la semana para ayudarse mutuamente, ya fuera para cuidar a un enfermo o para ayudar a la viejecilla del cuarto piso a limpiar las ventanas... Entre todos y sin ningún tipo de transacción económica. A este ritmo, de ahí a dos años podría estar en marcha la red. Y no eran solo ellos, claro, porque eso no tendría mucho sentido. La mayoría de los que se habían marchado con la Gran Escisión estaban haciendo lo mismo, cada quien en su barrio, en su bloque, ya fuera un comedor comunitario, ya fuera impartiendo clases de empoderamiento o los más valientes (ya que les podría traer penas de cárcel) manteniendo refugios clandestinos para refugiados. Y así, poco a poco, con una leve vibración, parecía que estaban modificando el ambiente de Vitoria, como las bacterias invisibles, cambiando los equilibrios, dibujando un mundo nuevo con ritmo y firmeza geológica, despacio, tan despacio que necesitarían décadas para que lo que entonces era invisible brillara ante los ojos del mundo entero. Y entonces, ¿qué? Entonces serían viejos, todos lo serían, y no tendrían a quién legarle ese mundo mejor. Y entonces qué estamos haciendo, Kai, maldito imbécil, ¿para qué estamos trabajando?

Todo esto le dijo Uxue a Kai, con un beso, con un beso dulce y lento allí mismo en el pasillo, en el umbral del cuarto de baño, y luego también utilizó palabras, por si acaso:

—Cariño, no seas bobo, vas a ser un padre maravilloso, ya verás. Volvamos a la mesa, a ver si los anfitriones se acuestan pronto y te hago maullar como un gatito.

Y Kai se ablandó después del beso, y pensó que quizás Uxue tenía razón y que, además, tampoco era seguro que esa noche se fuera a quedar embarazada, que si era así, sería cosa del destino y eso era lo que le gustaba, cuando decidía el destino y no uno mismo.

Cuando volvieron al salón, Haizea y Txori estaban recogiendo la mesa. No hacían ruido y les pidieron que tampoco ellos lo hicieran, dirigiendo su atención hacia el sofá. Allí, en su nido de amor, en el sofá verde y hermoso que tendría que marcar el comienzo de su linaje, había una niña dormida.

—Es Lur, que quería estar con nosotros y le hemos dicho que se tumbara ahí mientras recogíamos. Mira cómo se ha quedado la pobre, frita –les explicó Haizea.

—En seguida la llevaremos a la cama, vosotros id preparándoos para dormir. ¿Necesitáis algo? ¿Pijama? ¿Un nanodron para cepillaros los dientes? ¡Tenemos de sobra! –Txori volvió a utilizar ese tono arrogante y presumido; no se cansaba.

Uxue dijo que sí, que quería un nanodron porque nunca se había cepillado los dientes con un aparato de esos y le hacía ilusión. Kai, en cambio, dijo que estaba bien, que le bastaría con un último trago de aguardiente.

—Pues si no os importa, nosotros nos vamos a dormir, que mañana por la mañana tenemos un seminario en el laboratorio de Energía Libre. Lorea nos quiere informar de sus últimos avances.

—¿Y la niña?

—Ah, cuando esté totalmente dormida, llevadla de vuelta a su habitación, ¿vale?

Y ahí se quedaron, bien sentaditos junto a la estufa *rocket*, con sus pijamas reciclables de lino (otro de los inventos propios que Errekaleor quería difundir utilizando la patente *copyleft*), con el nanodron asombroso y con una mocosa en su sofá, roncando.

—Al fin solos –dijo Kai.

—Bueno, más o menos.

—¿La llevo a la cama?

—Espera un poco. Imagina que se despierta. Eso sería peor.

—Mientras tanto, te voy a meter mano.

—Vale. Pero sin hacer ruido.

—¿Así?

—Sí, vas bien.

—...

—No, no vas bien, perdona, no eres tú, es por la niña, que estropea el ambiente.

—Venga, chica, pues cierra los ojos.

—¿Y si se despierta y nos ve haciendo guarradas?

—No se va a despertar y, si lo hace, no se va a enterar de nada, que estamos a oscuras.

—No, por favor, llévatela a su cuarto, que está frita, mira.

Kai se levantó costosamente, tropezó (aún seguía borracho, claro) y cogió a la niña en brazos. La pequeña Lur no dijo nada, dejó caer la cabeza hacia un lado y se alejó en brazos de Kai.

—Abre la puerta, por favor.

Uxue obedeció y ambos se adentraron en el reino de los niños con la cría a cuestas. Ya solo tenían que encontrar la cama de Lur, pero estaba todo tan oscuro que no eran capaces de ubicarla. Los niños dormían en el suelo, en pequeños camastros, y costaba caminar en aquella habitación sin pisar a nadie. Tanto que, al final, Kai pisó un brazo o un pie, un brazo o un pie blandito.

—Ay –dijo una voz muy leve, todavía en sueños.

—¿Mamá? –preguntó otra, que parecía más despierta.

En silencio, Kai y Uxue maldijeron su mala suerte.

—¡Luz, por favor, luz! –exigió una tercera voz.

Y un cuarto niño cumplió su deseo y prendió la luz dando una palmada.

El que aún estaba dormido se despertó de golpe y todos se incorporaron en sus camastros, restregándose los ojos y mirando alrededor.

—Venga, venga, niños, a dormir –susurró Uxue, manteniendo un mínimo de esperanza.

—Apaga la luz, Kamil, u Odette, o… –Kai subió la voz sin querer.

—¡Tengo pis! –dijo la que parecía la menor, quizás Amagoia.

—¡Yo también! –dijo el mayor, quizás Gilen.

—¡Pues yo quiero leche de arroz! –se sumó la de pelo rizado, quizás Odette.

Ahí comenzaron el alboroto y la juerga. Uno a uno, todos recordaron que tenían cosas muy importantes pendientes y se levantaron para ir al baño, a la cocina o a dar saltos en el sofá del salón.

—¿Qué hacemos? ¿Avisamos a Haizea y Txori? –Kai estaba a punto de tirarse de los pelos.

—Tranquilo, Kai, que no será más que un momento, seguro que en seguida se vuelven a dormir.

—Pero ¿has mirado la hora?

—Tenemos tiempo, hombre. Así, además, se te irá pasando la mona.

Por primera vez, Uxue estaba de un humor estupendo y Kai tampoco se tomó del todo mal esa última pullita que le había lanzado. Se sentaron en la mesa del comedor y, poco a poco, se vieron rodeados por los niños, que fueron tomando asiento en torno a ellos a medida que volvían del baño o de la cocina con cuencos calientes. Pronto, también los que estaban dando saltos en el sofá se tranquilizaron y tomaron asiento junto a los demás.

—Entonces, tú eres Gilen…

—¡No! ¡Yo soy Lur!

—Ah, entonces Gilen es el que está a tu lado.

—¡No! ¡Yo soy Kamil!

—¡Anda! ¿Quién es Gilen entonces?

—¡Yooooo!

Y así estuvieron durante un rato, conociéndose mutuamente, hablando de esto y de lo otro, de la vida en Errekaleor, de las clases que recibían en la huerta, de los experimentos que realizaban en el laboratorio de Energía Libre. Y los niños también quisieron saber cómo eran las vidas de Uxue y de Kai, por qué no había niños en ellas, qué era eso a lo que llamaban dinero, por qué trabajaban tantas horas. De pronto, se dieron cuenta de que estaba nevando y se excitaron un poco. Miraron por la ventana y hablaron de los planes para el día siguiente: muñecos de nieve, trineos, bolas, guerra total.

Al final, todos bebieron leche de arroz y el niño mayor, Gilen, puso en marcha la impresora 3D de alimentos y comieron galletas de todas las formas. Y en todo aquel rato los invitados no tuvieron queja y se sintieron seguros de su estúpido plan. El mundo exterior había desaparecido bajo la nieve, pero dentro del Perímetro de Floración hacía un calor confortable, y eso era lo único que importaba. Uxue ni siquiera miró la pantalla del BioChip, ignorando aquella alerta con forma de corazón morado que pronto se apagaría. Kai se había olvidado de la hora, y de sus rencores y sus miedos. Por un rato, no les preocupó el presente, ni mucho menos el futuro, pues lo tenían desplegado ahí mismo, frente a sus ojos.

ERREKALEOR

Barrio obrero construido en pleno franquismo en la periferia de la periferia, fue alcanzado por la especulación inmobiliaria de principios del siglo XXI. Junto a la explosión de la burbuja, en 2013, un grupo de estudiantes recuperó el barrio, que se ha convertido en un modelo de ocupación y de autogestión grande y productivo. Jóvenes y adultos, vitorianos y forasteros, familias y niños viven hoy en Errekaleor. 16 bloques. 32 portales. 115 butacas de cine. Muchos libros en la biblioteca. Patatas, tomates y demás en la huerta. Murales en las paredes. 270 paneles solares, conseguidos mediante crowdfunding, para convertir en energía el sol de Vitoria. Autogestión, desarrollo colectivo y utopía, en la periferia de la periferia.

KATIXA AGIRRE

Vitoria-Gasteiz, 1981. Escritora vasca. Ha publicado dos libros de cuentos: *Sua Falta Zaigu* (Elkar, 2007) y *Habitat* (Elkar, 2009), y algunas historias para niños y jóvenes. En 2015, publicó su primera novela *Atertu arte Itxaron* (Elkar), que también se ha publicado en castellano bajo el título *Los turistas desganados* (Pre-textos, 2017) y que pronto se publicará en más idiomas. Publicó su última novela en octubre 2018: *Amek ez dute* (Elkar).

AZALA

Espacio para residencias artísticas en torno a tres ejes: investigación, formación y creación. Situado en Lasierra, un pueblo alavés de 12 habitantes. Desarrolla desde sus inicios en 2008 múltiples colaboraciones con agentes pertenecientes a su ecosistema, y quiere estar cada vez más ligado a prácticas situadas en su entorno.

BORRADORES DEL FUTURO

En todos los territorios, cada vez más personas, colectivos y organizaciones activan respuestas individuales o colectivas ante retos a los que nos enfrentamos: ecológicos, económicos, culturales, sociales, etc. Esas respuestas son las que llamamos *borradores del futuro*, utopías concretas, prototipos, alternativas. Suelen ser marginales, poco visibles, de un tamaño reducido.

Esos bocetos de sociedades posibles se desarrollan en un mundo en el que los relatos sobre el futuro son en su gran mayoría distopías, historias de un porvenir catastrófico, que alertan eficazmente sobre los peligros a los que nos enfrentamos, pero tienden a paralizar el movimiento. ¿Si el futuro es la crónica anunciada de un fracaso, para qué dedicar tiempo y energía a construir otros modelos?

En este contexto, es necesario activar canales de transmisión de iniciativas reales ancladas en un territorio. Construir ficciones e imaginarios a su alrededor es una manera de hacerlo. Para ello, desde *Borradores del futuro*, invitamos a autores/as a fabular en torno a alternativas existentes, creando narraciones especulativas que nos permiten vislumbrar que pasaría en un futuro, más o menos lejano, si esas alternativas llegaran a expandirse.

Queremos conformar una colección de borradores para el cambio, una guía de acciones reales e imaginadas. La primera colección se construye en Álava, las siguientes podrán recorrer otras geografías.

#0

Edición de 2.300 ejemplares. Distribuidos en bares y lugares de paso en Álava: Alegría-Dulantzi, Amurrio, Artziniega, Ayala, Iruña de Oca, Llodio, Oyón, Salvatierra, Vitoria-Gasteiz y Zuia. La publicación está también disponible en borradoresdelfuturo.net.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todas las personas que nos han regalado tiempo, ilusión y energía a la hora de elaborar este proyecto, y especialmente a las que nos han ayudado a realizar el inventario de alternativas en Álava.

También agradecemos a habitantes de Errekaleor y a Katixa Agirre la participación en una sesión de «Futurible» -ejercicio de proyección hacia el futuro-, mediada por Idoia Zabaleta, celebrada en Azala el 4 de noviembre 2018.